



www.loqueleo.santillana.com

© 2017, MEMPO GIARDINELLI
© 2017, AGENCIA CARMEN BALCELLS, BARCELONA
© De esta edición:
2017, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina
ISBN: 978-950-46-5386-8

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2017

Estudio: JULIETA PINASCO

Fotografía de tapa: JUAN IGNACIO CALCAGNO QUIJANO

Realización gráfica: EVA LUCÍA DOMÍNGUEZ

Giardinelli, Mempo
Tito nunca más y otros cuentos / Mempo Giardinelli. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2017.
104 p. ; 19 x 12 cm. - (Roja, clásicos)

ISBN 978-950-46-5386-8

1. Narrativa Infantil Argentina. I. Título.
CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2017, EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Tito nunca más y otros cuentos

Mempo Giardinelli

Estudio: Julieta Pinasco

loqueleo

[El cuento como infinito]

Por Mempo Giardinelli

El notable narrador chileno José Donoso estableció, hace muchos años, que el cuento perfecto no existe y que eso es lo mágico de este género: que sabemos que no hay perfección pero seguimos buscándola desde hace por lo menos tres mil años.

Y en efecto, es la indefinición eterna lo que constituye el sabor precioso y sostenido del cuento. Es, puede decirse, su razón de ser.

El placer y la eternidad son materias literarias que pueden comentarse pero nunca explicarse en totalidad, ni mucho menos definirse. Y afortunadamente es así como la vida de todos los seres, y la historia misma de todos los hombres y mujeres, son de hecho un cuento que se viene contando desde hace milenios. Que se cuenta cada día; que no se termina jamás de contar. Un verdadero y exacto cuento de nunca acabar. Un movimiento perpetuo.

En el Chaco, mi tierra, además de escribir me dedico a la docencia y a la promoción lectora entendida como “sembrar la semilla del deseo de leer”. Me gusta pensar que quienes escribimos somos

sembradores. Narramos lo que nos pasa y lo que vemos, lo que leemos y pensamos, lo que soñamos e imaginamos, y también lo que nos gusta más o lo que más rechazamos. Autores y lectores, somos lo que leemos. Y es claro que sabiendo, como proponía Jorge Luis Borges, la imposible perfección de la Literatura.

Por eso yo espero que quienes lean este libro se sientan libres, sintiendo el sabroso placer de leer por leer, y en este caso, cuentos nacidos del ejercicio de imaginación que es narrar por narrar. El gozo que puede producir la lectura de un buen cuento es la aspiración máxima de todos los narradores del mundo, y así ha sido en todas las épocas.

En este libro encontrarán ficciones, verdades alusivas, sueños e imaginación al servicio de cada relato. No importa, y realmente no tiene ninguna importancia, establecer si los hechos “fueron así”; o si fueron o son “verdaderos”. Lo que al menos en mi caso es pasión y necesidad, es contar. Es el aire mismo que respiro; eso para mí es narrar. Y buscar en cada cuento el siempre en el ahora, el allá en el aquí, el mundo entero en el detalle. O sea, el maravilloso misterio de la alusión, la elusión y la ilusión en el universo cerrado de cada cuento.

Bienvenidos quienes entren a leer este libro, entonces, porque se encontrarán, espero, con el zarandeo de las diversas emociones que sentí cuando escribí cada uno de estos cuentos. Algunos hace muchos años, otros hace poco tiempo. Pero todos apasionadamente.

Como vivo y he vivido. Y es así como los y las invito a leer estos cuentos. Porque sí, porque siempre es bueno leer. Como dicen en México: nomás por nomás.

Tito nunca más

Para Pierpaolo Marchetti

1/

El mundo se le vino abajo el día que le cortaron la pierna. Solo tenía dieciocho años y era un centrode-lantero natural, uno de los mejores número nueve surgidos jamás de las divisiones inferiores de Chaco For Ever. Acababa de ser vendido a Boca Juniors, donde iba a debutar semanas después, cuando recibió la citación para ir a la Guerra. Aquel verano del 82 el general Galtieri ordenó atacar las Islas Malvinas, y Tito di Tullio fue convocado al término de la primera semana. Ahí empezó su calvario.

Le tocó estar en la batalla de Bahía de los Gansos, en la que los cañones ingleses convirtieron las praderas en infierno, los Harriers atacaban como palomas malignas y los gurkas se movían como alacranes. Un granadazo hizo volar por los aires la trinchera que habían cavado por la mañana y una esquirla en la pierna derecha le quebró el fémur y lo dejó tendido, boca arriba, mirando un punto fijo en el cielo como pidiéndole una explicación. Enseguida reaccionó y, en medio de la balacera, se hizo un torniquete para detener la pérdida de sangre. La herida no hubiera

sido demasiado grave si lo hubiesen atendido a tiempo, pero la incompetencia militar argentina y la furia británica lo obligaron a permanecer allí por muchas horas, durante las que fue sintiendo cómo la gangrena o como se llamase ese dolor que lo paralizaba le tomaba toda la pierna. El bombardeo y la metralla, ruidosamente unánimes, impedían todo movimiento, y Tito, que parecía un muerto más en el campo de batalla, solo pudo llorar amargamente, inmóvil y aterrado por el dolor y por el miedo, dándose cuenta, además, de que nunca más volvería a jugar al fútbol.

Lo encontraron desvanecido y alguno dijo después que los ingleses lo habían dado por muerto. Unos soldados enfermeros del 7° de Artillería que marchaban en retirada, al día siguiente, lo reconocieron. Chaqueños todos ellos, uno dijo che este se parece al Tito di Tullio, el nueve de For Ever, y otro dijo no parece, boludo, es el Tito y está vivo.

Lo colocaron en una camilla improvisada y lo llevaron hasta el comando del regimiento, que por esas horas empezaba a rendirse. La desmoralización era general y nadie sabía quién mandaba. Todos los oficiales estaban desconcertados y de hecho habían abandonado a sus tropas. Batallones enteros estaban a cargo de sargentos, o simples cabos, y cuando llegó la camilla en la que agonizaba ese soldado que había perdido muchísima sangre, alguien, seguramente un oficial británico, dispuso que fuese operado de urgencia en uno de los hospitales de campaña que los ingleses instalaron en Puerto Argentino, nuevamente llamado por ellos Port Stanley.

Allí le cortaron la pierna. Nadie supo ni sabría jamás si fue lo mejor que se podía hacer en aquel momento, pero fue lo que hicieron. Así terminó la guerra para Tito di Tullio, y también se terminaron su carrera futbolística y sus ganas de vivir.

2/

Cuando regresó al Chaco, cuatro meses después, apenas sostenía su cuerpo magro y encorvado apoyándose en un par de muletas. Pero lo que más impresionaba era la expresión de tristeza infinita que se le había estampado en la cara como un tatuaje virtual.

Esa misma, primera semana, las autoridades de Chaco For Ever le hicieron un homenaje en la cancha de la Avenida 9 de Julio. Con las tribunas repletas, minutos antes de un partido de liga todo el estadio lo aplaudió de pie, como a un héroe. Pero todos vimos, también, que Tito no se emocionaba ni sonreía; era apenas un cuerpo irregular coronado por esa tristeza imbatible. Era una mueca mezcla de horror, angustia y rabia, y todos vimos cómo sus ojos velados miraban la gramilla con resentimiento y más allá a unos chicos que jugaban con una pelota a la que Tito, me pareció, hubiese querido patear para siempre.

Desde entonces, muchas veces me pregunté cómo se hará para soportar semejante frustración. Los que estamos completos, y somos jóvenes, no podemos

siquiera redondear la dimensión de nuestra piedad. Incapaces de imaginar la crueldad de la tragedia, nos la figuramos como un fantasma que jamás nos alcanzará, ocupado como está –suponemos– en hacer estragos con las vidas de los otros.

3/

Como dos o tres años después, recuperada la democracia, un día yo salía del Cine Sep llevando del brazo a la que era mi novia, Lilita Martínez, y de pronto lo vi y me quedé paralizado. En pleno centro de la ciudad y a las nueve de la noche, apoyado sobre dos muletas deslucidas, de maderas cascadas por el uso y con un par de calcetines abullonados en las puntas a manera de absurdos zapatos silenciosos, Tito di Tullio extendía una lata esperando que alguien depositara allí unas monedas.

Creo que él no me vio, y yo, cobardemente, no me atreví a acercarme. Di un rodeo arrastrando a Lilita del brazo, y luego me pasé la noche, en rueda de amigos, criticando estúpidamente al sistema político que permitía que nuestros pocos héroes de guerra fuesen humillados. Se suponía que los veteranos recibían algún subsidio del Estado, pero evidentemente eso no impedía que acabaran pordioseros. No había programas de trabajo para ellos, y además la sociedad los despreciaba: por duro que fuese reconocerlo, nadie quería ver en los